



LECCIÓN SUICIDA DE UN PARADO DESESPERADO

Miguel, tras recibir una carta de expulsión de la casa que ocupaba, se ahorcó en un parque para llamar la atención. En el hospital de la Paz, en Madrid, aumentaron en un 22% las asistencias a suicidas. Cada 1% de más paro suben el 0,8% los intentos de suicidio

M HÉCTOR MARÍN/ ANA M. ORTIZ iguel Pérez cogió un lápiz y un papel en blanco, le ató la correa a su caniche, Blanquita, y se bajó al parque que hay cerca de su casa, en el barrio de El Gornal, en L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona). El Chele, como le apodan, electricista y parado de larga duración, 46 años, tenía esa tarde la mente nublada. Estaba muy agobiado. Atemorizado incluso. Era por aquella carta que había encontrado en su buzón el día anterior: una demanda judicial por la ocupación ilegal de un piso protegido de Adigsa, la empresa pú-

nueve meses que llevaba viviendo allí sin pagar alquiler. Al imaginarse pasando las Navidades en la calle le entró pánico, aunque ante su mujer se mostró falsamente optimista: «Saldremos de ésta. Como siempre».

De su estado de pesadumbre da fe Juan Álvarez, el presidente de la asociación vecinal Carmen Amaya, a quien el Chele llamó pidiéndole auxilio desde una cabina del parque poco antes del fatal desenlace. «Lo noté muy desesperado. Estaba bloqueadísimo. ¿Qué va a ser de mi hija?», repetía con voz grave. Le pedí que me esperara en el parque, que me iría a verlo, pero cuando lle-

mis hijos. Lo vi mal. Muy mal. No me atreví a hablar con él por no agobiarlo. En ese momento pensé que necesitaba estar solo. «Ya lo veré después en casa», me dije.

Pero el Chele no tenía intención de volver nunca más a casa. Cogió el lápiz y el papel y escribió una nota en la que daba explicaciones por lo que estaba a punto de hacer a las tres mujeres de su vida: su madre —Carmen—, su esposa —Eva Vargas, 37 años— y su hija —Laura, a punto de cumplir los 16—. Básicamente les pedía perdón, y les pedía que no se preocuparan. Se metió el mensaje en el bolsillo, le quitó la correa a su perro y la ató bien fuerte a uno de los árboles que tenía cerca.

Fue un joven que paseaba por la zona el que se topó con la estampa. «El chico arrancó la rama de la que se había colgado para intentar salvarlo, pero no pudo hacer nada. Yo regresé corriendo y vi a mi cuñado con la cara y los brazos morados. Fue horrible», recuerda Sara Bosacoma. Eran las cinco de la tarde del 11 de 11 de 2010.

El suicidio del Chele —quien no se quitó la vida en casa, como se suele, sino que eligió un espacio público, como si quisiera llamar la atención, divulgar su muerte, tocar conciencias— ha trascendido a los medios en titulares que relacionan su trágico final con las penurias económicas que atravesaba. Un caso atípico y conmovedor que incita a investigar cómo está afectando la crisis a las estadísticas de suicidio. ¿Ha aumentado el número de españoles que, empujados por la desesperación del desempleo y los embargos, deciden quitarse la vida?

ALERTA DE LA OMS

La primera señal de alerta la dio la Organización Mundial de la Salud en 2008, ya instalada la crisis, cuando anunció que la recesión multiplicaría el número de suicidios. Por las mismas fechas (mayo, 2008), la comisaria europea de Sanidad, Androulla Vassiliou, advertía de que la depresión económica había incrementado en un 25% el número de suicidios y en un 15% los nuevos casos psiquiátricos. Le siguió un estudio firmado por el experto británico David Stuckler,

de la Universidad de Oxford, y divulgado por la publicación *The Lancet* en julio pasado. Stuckler y colaboradores querían analizar cómo influirán en la mortalidad los recortes sociales impuestos por los distintos gobiernos europeos. Tras estudiar las estadísticas de 26 países miembros de la UE en los años comprendidos entre 1970 y 2007, llegaron a la siguientes conclusiones: cada aumento de un 1% en las cifras de desempleo se traducía en un incremento de un 0,8% en el porcentaje de personas menores de 65 años que se suicidaban o cometían un asesinato (curiosamente, ante ese aumento de un 1% de paro, disminuían un 1,4% el número de accidentes de tráfico). Si el desempleo subía un 3%, detectaron los investigadores, los suicidios se elevaban un 4,5%. Cada 10 dólares por persona invertidos en programas de fomento del trabajo reducían el efecto del desempleo en los suicidios en un 0,038%.

Mucho más cercano es el pulso sobre la relación entre crisis y suicidio realizado en el hospital madrileño de La Paz por su equipo de urgencias psiquiátricas, coordinado por María Fe Bravo, responsable del servicio de psiquiatría del centro. «Teníamos la impresión subjetiva de que en urgencias psiquiátricas estaba habiendo más casos que tienen que ver con problemas económicos y a principios de este año nos pusimos a analizarlo», cuenta la doctora. Cruzaron los datos de los informes de los tres últimos años (de 2007 a 2009) hasta sumar 5.700 expedientes y encontraron lo que presuponian: un aumento relativo del 25% del número de pacientes en urgencias psiquiátricas en 2009 respecto a años anteriores, un incremento del 14% de las urgencias por ansiedad, del 6% por abuso de alcohol y drogas... Y un 22% más de intentos de suicidio.

MÁS CONSULTAS PSIQUIÁTRICAS

«Y en los centros de salud de la zona en los que atendemos, vemos un incremento de nuevos casos que piden consulta psiquiátrica relacionada con problemas económicos», explica la doctora Bravo. «Al principio de la crisis muchas consultas tenían que ver con cambios bruscos, como un despido o dificultades económicas graves, pero ahora se trata sobre todo de personas en situación de desempleo prolongado», añade la experta.

Más que un parado de larga duración, el Chele era un desempleado perenne. Lo cuenta su abatida viuda, Eva, en el salón de la casa, ahora ocupado por una cama. Antes de darle una patada a la puerta de esta vivienda, residieron durante años en una sola habitación de un piso compartido con otras familias en apuros. Se acostumbraron a convivir los tres —padre, madre e hija— en un cuartucho. Los 80 metros de la nueva casa ocupada se les antojaron demasiado y siguieron comiendo, cenando y durmiendo en una sola estancia en la que ahora duele demasiado entrar. Por eso está la cama en el salón. Ahí pasan la noche madre e hija desde el suicidio.

Miguel Pérez tenía estudios de bachiller, todos los carnés de conducir en la cartera y una sólida formación como electricista. Pero nunca tuvo un contrato laboral. Sobrevivía haciendo pequeñas chapu-

zas caseras: «Lo mismo arreglaba una lavadora que un ordenador, una televisión o un interfono», recuerda la viuda. Pero los clientes comenzaron a escasear hace dos años, a la par que sus problemas de hígado lo debilitaron. «En las mejores épocas llegó a ganar hasta 2.000 euros al mes», dice Eva, «pero en los últimos años, con la crisis, ya no le salía casi nada de faena». Miguel recibía una pensión de 339 euros por enfermedad. La misma cuantía que su mujer, quien tuvo que dejar de trabajar en 2006 cuando se detectó que padecía lupus, un trastorno autoinmune.

«Es una gran tristeza que un problema por una vivienda se haya convertido en esta desgracia. ¿Quién le devuelve a mi hija a su padre? A mi marido le perjudicó muchísimo que todos sus requerimientos a la Administración para obtener un piso cayeran en saco roto, —se lamenta Eva, quien vincula directamente el suicidio de su marido con la orden de desalojo.

Mucho más reacios a dar por buena la fórmula —crisis + desem-



Eva Vargas, la viuda, muestra la orden de desalojo. / SANTI COGOLLUDO

LA VIUDA: «ES UNA GRAN TRISTEZA QUE UN PROBLEMA POR UNA VIVIENDA SE HAYA CONVERTIDO EN ESTA DESGRACIA»

EN 2009, EN ESPAÑA SE SUICIDARON 3.650 PERSONAS, CASI EL DOBLE QUE LOS MUERTOS EN ACCIDENTES DE TRÁFICO

ca de la Generalitat. La misiva le comunicaba que en un mes su familia sería expulsada del número 29 de la calle Juan de Juanes, donde habían habitado una vivienda vacía por su cuenta, y le reclamaban 9.000 euros por los

gué, ya era demasiado tarde».

La cuñada de Miguel Pérez, Sara Bosacoma, quien pasó por el parque minutos antes, también distinguió su silueta encogida en un banco frente a los árboles. «Yo volvía del colegio de recoger a uno de





EN FAMILIA
Miguel Pérez (con
camiseta azul marino,
serio, a la izquierda) en
una reunión familiar
con su esposa, Eva,
sentada a su derecha.

pleo= aumento de suicidio— son los especialistas consultados por *Crónica*. «El suicidio es una conducta multidimensional. Evidentemente influyen los factores estresantes, como puede ser, en este caso, el paro, pero es una conducta que tiene muchas aristas. Interviene el factor genético, el social, el psicológico...», dice Alejandro Rocamora, psiquiatra, miembro fundacional del Teléfono de la Esperanza —creado en 1971—, un servicio que recibe unas 130.000 llamadas al año, el 5% de ellas (26.000 en 2009) de personas que manifiestan ideas suicidas.

Cierto es que las estadísticas de suicidios españolas, a falta de conocer los resultados de este año, permanecen más o menos estables: 3.263 suicidios en 2007, 3.457 en 2008 y 3.650 en 2009 (el 78,31% eran hombres frente a un 22,56% de mujeres). España, con una tasa entorno a los 7,5 suicidios por cada 100.000 habitantes, ocupa una posición aceptable dentro del mapa mundial de suicidios elaborado por la OMS y encabezado por Lituania

(68,1 suicidios por cada 100.000 habitantes), Rusia (58,1), Kazajstán (45), Hungría (42,3) y Eslovenia (41,1). Se trata de países donde el suicidio es un problema grave, como en Japón —27 suicidios por cada 100.000 habitantes—, donde el año pasado registraron un nuevo récord con 32.845 personas que se quitaron la vida. Un informe de la Agencia japonesa de Policía Nacional responsabiliza del incremento a la crisis. El número de japoneses que se suicidaron tras perder su empleo (1.071), dice el estudio, creció un 65,3% respecto al año anterior. Y los suicidios achacados a un empeoramiento general de las condiciones de vida ascendieron a 1.731, un 34,3% más que en 2008.

«No se puede saber si la crisis está teniendo incidencia en el número de suicidios en España», insiste Javier Jiménez, coordinador del grupo de estudio e investigación de la conducta suicida del Colegio de Psicólogos de Madrid. «En primer lugar, porque las estadísticas van con retraso respecto a lo que está ocurriendo. Y en segundo lugar,

porque no hay una respuesta única y definitiva a por qué se suicida la gente. Siempre es multifactorial». Y llama la atención el experto sobre el tabú social y el abandono gubernamental que rodea al suicidio.

SUICIDAS EN LA CARRETERA

«Por primera vez el número de suicidios ha superado al de muertos en accidente de circulación», dice Javier Jiménez. [2008: 3.021 muertos en la carretera por 3.457 suicidios consumados. El especialista está convencido de que hay muertos que constan como accidentes de tráfico pero que en realidad son suicidios: «El que tiene familia y quiere dejarla bien, ¿por qué no se va a matar con el coche? Si no deja nota de despedida y no se entra el seguro...»].

«Las muertes por otras causas se reducen porque se invierten medios en ello», continúa el psicólogo, «pero para los suicidios no hay ninguna campaña ni programa». Y pone como ejemplo del desinterés y los prejuicios que rodean el tema la sorpresa que se llevó cuando en

agosto de 2009 fue a registrar la asociación que preside —Asociación de Investigación, Prevención e Intervención del Suicidio, *redaipts.com*— y encontró que no existía en toda España ni un solo organismo que llevara la palabra suicidio en su denominación. «Habría que hacer muchas cosas, pero sobre todo formar a los profesionales. El 90% de la gente que se va a suicidar ha pasado antes por un médico de atención primaria. Y si éste hubiera recibido formación para saber detectar esta conducta, quizás se podría haber intervenido», explica.

Miguel Pérez arrastraba una depresión que no lograba sacudirse pero nunca mostró ideas suicidas. Si se le pasaba por la cabeza, no se lo dijo a los suyos. Aparentemente estaba feliz con su nuevo hogar en

el que hacía de amo de casa perfecto. «Al sentir que no cumplía como hombre, se volcó en las tareas de la casa», dice su viuda para luego mirar alrededor y presumir de lo limpio y ordenado que Miguel tenía el piso. «Es que era muy apañado. Y leído. Siempre tenía respuestas para cualquier duda de los demás. Era tan curioso que podía haber ido a uno de los concursos de preguntas de la tele».

No todo eran nubarrones en el horizonte del *Chele*. Al fondo del túnel había algunas luces a las que, quien sabe por qué, no quiso mirar aquella tarde de jueves. Estaba, por ejemplo, la entrevista de trabajo que tenía para entrar en la plantilla de la ONCE este mismo lunes. Y los planes de boda. Hace un mes, preparó una cena especial en casa y le pidió matrimonio a Eva. «Decía que así siempre nos cuidaríamos el uno al otro. Me cogió por sorpresa pero le dije que sí». Miguel Pérez lo tenía todo planeado: sería un enlace civil; sus cuñados, Sara y Jordi, harían de testigos; su hija Laura llevaría las alianzas...